



## CANTO CUARTO

Era la noche, y lánguida y luciente  
Desde el alto cenit sus luces daba  
Lucina, y en la plácida corriente  
De Orbigo cristalino reflejaba.  
En dulce y fresco y apacible ambiente  
Las altas alamedas agitaba,  
Y bañado en letárgico beleño  
Al orbe daba silencioso sueño.

## II

No hay danzas, ni saraos, ni festines  
Que solemnicen el pasado día,  
Pues á todos los bravos paladines  
La desgracia del jefe entristecía.  
Ni las dulces vihuelas y violines  
Prestan su triste y grave melodía  
A endechas, á sollozos y á canciones  
Hijas de enamorados corazones.

## III

Reina el hondo silencio en la llanura,  
Interrumpido sólo por el río  
Que camina al través de la espesura  
Con grave són y manso señorío:

Grato reposo goza á su frescura  
El inmenso concurso y gran gentío  
Que concurriera á ver la noble fiesta,  
Y que en torno ocupaba la floresta.

## IV

Los nobles y valientes caballeros  
Que ya en la lid sus armas han probado,  
Desceñidos los bélicos aceros  
Se entregan al reposo regalado:  
Y si hay alguno que rigores fieros  
Llore de amor con pecho amartelado,  
En su soberbia tienda recogido  
Al fin consigue el sueño apetecido.

## V

Doña Luz en la suya, acompañada  
De su amiga constante doña Elvira,  
Inquieta, pesarosa, desvelada,  
De la pasada acción habla y suspira:  
Pues de Suero la herida desgraciada  
El sueño de sus párpados retira,  
Que la vertida sangre la enternece,  
Y de ella nace amor, y ella lo acrece.

## VI

Quiñones agitado y pesaroso,  
Dentro en su pabellon, triste y herido,  
Tampoco goza del comun reposo,  
De varios pensamientos combatido:  
No le tiene su herida cuidadoso,  
Ni sus fieros dolores abatido,  
Sólo teme que acaso esté su fama  
Empañada á los ojos de la dama.

## VII

Tal vez recuerda el lisonjero sueño  
En que de Orbigo oyó la profecía,  
Que el éxito feliz de su arduo empeño  
Y el premio de su ardor le prometía:  
Pero ¡ay! que vaticinio así halagüeño  
Ilusion de su mente lo creía,  
Y juzga inútil su hazañoso intento  
Y húndese en afanoso abatimiento.

## VIII

Afligido, turbado, pesaroso,  
Por aquietar su acongojado pecho,  
Hablar quiere á su dueño desdeñoso,  
Y salta fuera del mullido lecho.  
Mas reflexiona al punto temeroso  
De su resolucion no satisfecho,  
Y como respetar sabe quien ama,  
Antes quiere el permiso de su dama.

## IX

A Vanguarda su paje ó escudero,  
Y que desde la infancia le servía,  
Llamó el amartelado caballero,  
Que en vivo amor su corazón ardía:  
Y le dijo: «Mi amigo, vé ligero  
Al pabellon de la señora mía,  
Y humillado á los piés de su grandeza  
Cuéntale mi dolor y mi tristeza.

## X

»Dile que ausente de sus ojos bellos  
No encuentro cura á mi sangrienta herida,  
Que mi remedio está cifrado en ellos,  
Pues son ámbitos solos de mi vida,  
Que me permita venturoso vellos,  
Pues gozando su lumbré esclarecida,  
Cesará mi dolor, y el brazo mio  
Para otra lid recobrará su brio.»

## XI

Iba á marchar el eficaz Vanguarda,  
Mas don Suero confuso le detiene,  
Que de pronto su pecho se acobarda,  
Y por osado este mensaje tiene.  
Juzga que en él á doña Luz no guarda  
El decoro y honor que le conviene,  
Teme ofenderla, y mudo y sin aliento  
Se agita entre uno y otro pensamiento.

## XII

Piensa acercarse al rayo de la luna  
Al pabellon donde su dama vela,  
Y el áspero rigor de su fortuna  
Cantar al triste són de la vihuela:  
Y en amantes endechas, de una en una  
Sus penas explicarle. Mas recela  
Enojarla tal vez, y no se atreve,  
Y aunque toma el laud el pié no mueve.

## XIII

A escribirla por fin se determina,  
Dobla el terso papel, toma la pluma,  
Medita un rato, y á formar no atina  
De discretas palabras breve suma:  
Mil nuevas expresiones imagina,  
Y la afanosa pena que le abruma,  
Después que escribe borra, y piensa y vuelve,  
A expresar de este modo se resuelve:

## XIV

«Ilustre y hermosísima, señora,  
Cuyo cautivo soy con gloria mía,  
Y á quien mi corazón humilde adora  
Rendido á vuestra noble gallardía:  
De que os moleste á tan extraña hora  
Perdonad os suplico la osadía;  
Pues si vuestro consuelo no buscara,  
Mi triste vida al punto se acabara:

## XV

»De vuestro amor está mi pecho herido  
Más que mi brazo del tajante acero:  
En vano al dulce sueño auxilio pido,  
Que huye de mí su encanto lisonjero.  
Y al verme de este modo combatido  
Por todos lados del destino fiero,  
Quiero buscar en vos, señora bella,  
Muerte, ó consuelo de mi infausta estrella.



## XVI

»¡Ay! si gozara el bien de estar postrado  
A vuestra hermosa planta, el brazo mio  
De su herida fatal fuera curado,  
Y recobrar su poder y brio.  
Mas ya que tanto bien no me sea dado  
Ruégooos (¡tan poco de mi suerte fio!)  
Que me mostreis, señora, si os agrada  
La justa en vuestro obsequio comenzada.

## XVII

»Que aunque la ciega Diosa en la postrera  
Lid á mis armas dió fatal desgracia,  
Mi ardiente pecho, alta señora, espera,  
Si de vuestros dos soles con la gracia  
Me auxiliáis grata en la ocasion primera,  
Mostrar con nuevo esfuerzo y eficacia  
El modo con que debe complaceros,  
Quien se atreve á justar por mereceros.»

## XVIII

No escribe más, firma el papel, lo sella,  
Y al escudero se lo da, y encarga  
Lo entregue al punto á su enemiga bella,  
Unico alivio de su suerte amarga.  
Parte Vanguarda; y su enemiga estrella  
Y la carrera de sus males larga  
Recuerda el paladin, teme el mensaje,  
Mas ya no puede detener al paje.

## XIX

En medio la floresta sobre un prado  
Revestido de flores y verdura  
Un régio pabellon hay levantado,  
Que á todos aventaja en hermosura.  
De rico terciopelo está colgado,  
Cubierto de exquisita bordadura,  
Y es entre todos el que más descuella,  
Digna mansion de doña Luz la bella.

## XX

Acompañada en él de doña Elvira  
Recibe el pliego de su esclavo herido;  
Por él pregunta ansiosa, y aún suspira  
De rubor el semblante enrojecido.  
Mas al notar que su desden espira,  
Y que está su rigor casi perdido,  
Furiosa y altanera se arrepiente,  
Y en contestar á Suero no consiente.

## XXI

¡Oh femenil orgullo, cuánto creces  
Si un discreto desden no te combate!  
Mientras te halagan más, más te enfureces,  
Y aún el poder de amor tu fuerza abate:  
Escollo altivo de la mar pareces  
Firme de aguas y vientos al embate;  
Pero no, no hay dureza comparada  
Con la que ostenta una mujer rogada.

## XXII

Vanguardia fiel en pretender insiste  
Llevar contestacion para su dueño;  
Doña Luz le desecha y le resiste  
Con firmeza indomable y duro ceño.  
Ya va á marchar el escudero triste  
Sin esperanza de lograr su empeño;  
Mas doña Elvira lo detiene y llama,  
Y así le dice á la inflexible dama:»

## XXIII

«¡Oh, doña Luz! sin duda fabricado  
De mármol insensible fué tu pecho,  
O alguna fiera loba te ha criado  
En tosca gruta y en sangriento lecho,  
Cuando el llanto de un tierno enamorado  
Tu severo rigor no ha satisfecho.  
¡Ah, señora! modera tu altiveza,  
No opongas al amor tanta dureza.

## XXIV

»¿Es posible ¡ay de tí! que un fino amante  
Así deseches con cruel desvío?  
¿Su constancia y valor no son bastante  
Para templar tu desdeñoso brio?  
¿No le has visto por tí quedar triunfante  
En uno y otro honrado desafío?  
¡Ay!... ¿Por tu causa derramar no viste  
La ilustre sangre de tu esclavo triste?»

## XXV

»Muévate á compasion si no la llama  
Que allá en su corazon has encendido,  
Las lágrimas al ménos que derrama,  
Y el verle ahora por tu causa herido.  
Lástima ten de quien tan firme ama,  
De quien con tanto honor ha combatido,  
Curarlo sólo tu ternura puede,  
Ten piedad de él, respuesta le concede.»

## XXVI

Cesó llenos de lágrimas los ojos,  
Y doña Luz también las derramaba,  
Y sus mejillas, cual carmines rojos,  
Encendidas de amor manifestaba:  
Y deponiendo el ceño y los enojos,  
Que ya su hermoso pecho se abrasaba,  
Tras un corto silencio, de repente  
Lanza un suspiro de su labio ardiente.

## XXVII

Y trémula y turbada se encamina  
A un bufete magnífico dorado,  
Cuya labor de talla peregrina  
Cubre en parte tapete de brocado:  
Sobre él, de tersa hermosa venturina  
De concha y de oro y nácar enchapado,  
Rico escritorio está, que esparce al viento  
De ámbar péscico gris el suave aliento.

## XXVIII

Y allí escribe á la luz de un candelero  
Estas discretas sábias expresiones,  
Contestando á su amante: «Caballero,  
Las hazañas y altísimas acciones  
Del que es tan buen galan como guerrero  
Placen siempre á los nobles corazones.  
Y un revés de fortuna no es bastante  
A empañar vuestra gloria relevante.

## XXIX

»Mucho merecen vuestro amor y aliento,  
Noble Quiñones; continuad osado,  
Pues que tanta constancia y ardimiento  
Nadie puede mirarlos sin agrado.  
Y para que ciñais vuestro sangriento  
Brazo, en la última justa desgraciado,  
Os mando ese vendaje, ilustre Suero;  
Vendad la herida que os causó el acero.»

## XXX

Selló el papel, y de su talle hermoso  
La banda desprendió que lo ceñía,  
Banda de terciopelo primoroso  
Recamada de blanca argentería:  
Y la da al escudero, que gozoso  
Postrado ante sus piés la recibía,  
Y le encarga la dama que en un lazo  
De su señor la ciña al fuerte brazo.

## XXXI

Partió veloz el eficaz Vanguarda,  
Mientras Quiñones tímido, azaroso  
Y despechado su venida aguarda,  
Temiendo un desengaño riguroso.  
Impaciente imagina que ya tarda,  
Cuando ve al escudero que gozoso  
Llega y le anuncia plácidas noticias  
Pidiendo alborozado las albricias.

## XXXII

Al mirar el billete idolatrado  
Y la banda, en placer Suero se anega,  
Rompe el sello, que besa enajenado,  
Y á la lectura del papel se entrega.  
Dos veces lo leyó, dos, y encantado  
Al palpitante corazon le allega;  
Torna á leerlo, y á besarlo torna,  
Y casi tanta dicha le trastorna.

## XXXIII

Y regala un limpísimo diamante,  
Que honrar pudiera la real sortija,  
Al escudero; y pídele anhelante  
De su mensaje relacion prolija.  
Y en la banda bordada rutilante  
El envidioso pensamiento fija;  
Y ufano prenda tal no trocaría  
Del orbe por la inmensa monarquía.

## XXXIV

En tanto ya la luz del rojo oriente  
Los celajes en púrpura esmaltaba,  
Y de Titón la esposa refulgente  
El lecho conyugal abandonaba:  
Resonó la alborada de repente,  
El viento en armonía se bañaba,  
Las aves á la aurora saludaron,  
Y el sueño de la tierra desterraron.

## XXXV

Al concertado són tembló don Suero  
De su herida fatal casi olvidado,  
Y de la trompa el resonar guerrero  
Se escuchaba por uno y otro lado;  
Armóse con presura el caballero  
Ver ansiando á su dueño idolatrado,  
Y tornar á la lid, y nuevamente  
Demostrar su pasion pura y ardiente.



## XXXVI

Los balcones y gradas se llenaron,  
Y marchan á la lid los paladines;  
Zúñiga fué el primero á quien miraron  
Entrar al ronco són de los clarines,  
Y sus fieros encuentros retumbaron  
De la extendida plaza en los confines.  
Y luégo á mantener salió animoso  
Villacorta, y despues Arias famoso.

## XXXVII

Tambien justaron á la luz siguiente  
Gomez, Aller, Bazán y Benavides.  
Y los cuatro con ánimo valiente  
Aumentaron su fama en estas lides.  
Al otro sol siguió la justa ardiente,  
Y el bravo Nava, semejante á Alcides,  
Rompió tres lanzas, y abolló esforzado  
Un arnés refulgente y acerado.

## XXXVIII

Y luégo Pero Rios atrevido  
Tornó á lidiar, y aunque perdió una greba  
Tras un largo combate muy reñido,  
El triunfo alcanza y los laureles lleva.  
Suero tambien, aún no restablecido,  
Vino despues á la esforzada prueba,  
Y el yelmo destrozó y arnés y escudo  
De Torrens, catalan fiero y forzado.

## XXXIX

A la siguiente aurora el ronco estruendo  
De trompas, añafles y atambores  
Llamó al honroso paso, enardeciendo  
Los pechos de los nobles justadores,  
Que las lanzas gruesísimas blandiendo,  
Y acosando los potros corredores,  
Sembraron por la plaza las riquezas  
De sus arneses y templadas piezas.

## XL

Siguió á otro sol la justa, y en la tela  
Entró Bazán, mas fué tan desgraciado  
Que perdió en el encuentro la rodela,  
Lidiando con Negrete el afamado.  
Y luégo Aller, cuyo caballo vuela,  
Quedó con todo el muslo desarmado,  
Sin poder resistir la gran pujanza  
De Alfonso Deza y de su dura lanza.

## XLI

Y así con varios lances y altos hechos  
Su noble esfuerzo y su valor mostraron  
Los atrevidos castellanos pechos,  
Y su nombre y su fama acrecentaron:  
De astillas, y de plumas y deshechos  
Arneses la ancha plaza entapizaron,  
Y veintinueve luces se cumplieron,  
Y hazañas mil ejecutadas fueron.

## XLII

Llegó el último día señalado  
De la famosa justa y paso honroso,  
Y el carro Apolinar de luz cercado  
Apareció en Oriente esplendoroso;  
Inmensísimo pueblo se ha juntado  
A ver el fin del hecho glorioso,  
Ocupando las gradas, y ya suena  
La ronca trompa que la lid ordena.

## XLIII

Entró en la tela el ínclito Quiñones  
Caudillo de los nueve caballeros,  
Y tablados y gradas y balcones  
Le tributan aplausos lisonjeros:  
Y el del crestón moviendo los airones,  
Y luciendo la malla y los aceros,  
La argolla ostenta al cuello, y en un lazo  
La banda de su dama atada al brazo.

## XLIV

De un alazan ligero y poderoso,  
Que del Bétis pació la verde grama.  
Oprime el lomo, y el bridon furioso  
El aura pura con su aliento inflama;  
Digno sólo de dueño tan glorioso,  
De tanto esfuerzo y de tan clara fama,  
Con chapas adornado y rapacejos  
Despide brillantísimos reflejos.

## XLV

Y ufano con el alto personaje,  
Que lleva, y que templar sabe su brio,  
Apénas de oro y sedas el rendaje  
Sujeta su altivez y poderío:  
El costoso riquísimo equipaje  
Ostenta con pomposo señorío,  
Alza menuda braja, y á su empuje  
Lanza, escudo y arnés relumbra y cruje.

## XLVI

El sol á la mitad de su carrera  
Derramaba su fúlgido torrente,  
Y aún al honrado paso no viniera  
Ningun conquistador. Y ya impaciente  
Don Suero en medio de la plaza espera  
Y la tardanza del combate siente,  
Pues anhela su pecho generoso  
Dar á su noble empresa fin glorioso.

## XLVII

Apolo declinaba disgustado  
De ver ocioso al ínclito guerrero,  
Cuando sonó el clarín, que alborozado  
El corazón dejó del caballero:  
Y entró en el circo por el diestro lado,  
Con doble arnés, y con aspecto fiero,  
Un guerrador fornido y corpulento,  
Mostrando gran valor y osado aliento.

## XLVIII

Esberte Claramonte se llamaba,  
Ilustre aragonés, duro y altivo,  
Que sólo en sangre y muertes se gozaba,  
De vista ardiente y pecho vengativo:  
Los encantos de amor menospreciaba,  
Que jamás de Acidalia el fuego vivo  
Sintió en su corazón feroz y osado,  
A guerra y á venganza acostumbrado.

## XLIX

No lleva en el broquel mote ni empresa  
De amor ó de amistad ó gallardía,  
Que su pecho por nadie se interesa,  
Y ni amante ni amado ser quería:  
Y en el fulgente escudo sólo expresa,  
Por timbre de su noble jerarquía,  
Campo de gules y una faja sable,  
Y un dragon escamoso y formidable.

## L

Este monstruo de horror y atrevimiento  
En un caballo altísimo y membrudo  
Entróse por la tela á paso lento,  
La asta blandiendo en ademan forzado:  
Paró de pronto, y con audaz acento  
Vuelto á Quiñones, díjole sañudo:  
«¿Y qué, sólo á la lid un caballero  
Viene á probar mi fulminante acero?»

TOMO I

## LI

«¿Tú solo ante mi vista aquí te pones,  
Femenil guerrador?... que salgan luégo  
A ayudarte tus bravos campeones,  
Y á perecer á impulso de mi fuego.  
Salgan si tienen honra y son varones:  
Salgan, sus... hasta verlos no sosiego...  
A los diez reto... á todos desafío,  
Que uno es muy poco para el brazo mio.

## LII

»Pero no, no saldreis, que ya os asusta  
Mi voz terrible semejante al trueno,  
Y no quereis conmigo entrar en justa,  
De espanto y de pavor henchido el seno:  
No es lo mismo mirar mi saña adusta  
Que hacer alarde del amor sereno,  
Y vosotros que en él ardeis menguados,  
Quedareis de mi brazo escarmentados.»

## LIII

Dijo y blandió la lanza poderosa,  
Y crujió la durísima armadura;  
La multitud pasmada y silenciosa  
Tiembla de ver tan desigual bravura:  
Y doña Luz, turbada y congojosa,  
Pálida y llena de mortal tristura,  
A sí propia se culpa, y demudada  
Mira á su amante en medio la estacada.

## LIV

Los nueve denodados caballeros,  
Que con ultraje tal se ven retados,  
Ardiendo en honra aprestan los aceros,  
En venganza justísima inflamados:  
Mas se oponen los jueces, que severos  
Les dicen, y los dejan aquietados,  
Que al caudillo la lid le toca en suerte,  
Quien de este modo respondió al Esberte:

## LV

«A la verdad, altivo caballero,  
No es propio de valientes infanzones  
Decir denuestos cuando el noble acero  
Puede excusar palabras y razones:  
No me pasma tu tono audaz y fiero  
Ni asusta á mis ilustres campeones...  
Mas vamos á lidiar, que muy contento  
Quiero probar tu decantado aliento.»



## LVI

Y Claramonte entónces que lo mira  
Con menosprecio, dice: «Pues el hado  
A que llegue tu fin sólo conspira,  
Prepárate á morir, desventurado.»  
Y á tomar campo al punto se retira.  
Suero tambien le toma al otro lado,  
Y mira al rostro de su hermosa dama,  
Y amor le anima y el honor le inflama.

## LVII

Atónito el concurso numeroso  
De tímido pavor cubre el semblante,  
Esperando ya el éxito dudoso  
Del fiero choque horrendo y resonante.  
Suena el ronco clarín estrepitoso,  
Y al escuchar la seña, en el instante  
Uno y otro guerrero aguija y vuela,  
Alto el escudo, en ristre la arandela.

## LVIII

No dos contrarios silbadores vientos  
Se encuentran en Océano extendido  
Alzando sus hondísimos cimientos,  
Con ronco hervor y horrísono zumbido;  
Como los dos con ánimos violentos,  
Obedeciendo al bélico sonido  
Chocaron, levantando densa nube  
De ardiente polvo, que hasta el cielo sube.

## LIX

Esberte con tal ímpetu á Quiñones  
Tocó en el pecho con la dura lanza,  
Que casi le sacó de los arzones,  
Tal era de su fuerza la pujanza:  
Le abolló los esmaltes y florones  
Del ancho peto, que de lleno alcanza,  
Y resbalando luégo al guarda-brazo,  
Le destrozó la banda y rompió el lazo.

## LX

Dió el pálido concurso un alarido  
Creyendo que Quiñones muerto fuera,  
Y doña Luz, con el color perdido,  
En lágrimas amargas prorumpiera.  
Suero, que ve su lazo desprendido,  
El bello lazo que su amor le diera,  
Y en el suelo su aljófar derramado,  
Jura venganza en ira trasportado.

## LXI

Queda orgulloso Claramonte y fiero,  
Y su victoria como cierta mira:  
Arde en venganza el ínclito don Suero,  
Mira á su dama y ánimo le inspira:  
Y animado y valiente va ligero,  
Lleno el pecho de noble y justa ira,  
A trabar nuevamente la contienda  
Con Esberte, que viene á toda rienda.

## LXII

Don Suero en los estribos se levanta  
Y por inútil la tarjeta arroja,  
Y ansioso de batalla se adelanta  
La lanza en ristre, y con la rienda floja:  
Y al de Aragón hirió con furia tanta,  
Que la acerada punta en sangre roja  
Pasó de parte á parte el pecho fiero  
Del jactancioso bárbaro guerrero.

## LXIII

Del modo que alto roble en la montaña,  
Después de resistir del raudo viento  
La silbadora resonante saña,  
Intentando escalar el firmamento;  
Con estruendo y pavor de la campaña  
De ardiente rayo herido en un momento  
Cae destrozado, de la misma suerte  
Cayó ante Suero el furibundo Esberte.



## LXIV

Resonaron mil vivas y canciones  
Con regocijo de uno y otro lado,  
Elogiando al bravísimo Quiñones,  
Que al orgulloso deja castigado.  
Desocupa el caudillo los arzones  
Viendo que, pues el sol ya se ha ocultado,  
Ha dado cima á su esforzado intento,  
Y así á los jueces dice en alto acento:

## LXV

«Ya, oh jueces, mi rescate veis cumplido,  
Quitarme puedo el hierro que me enlaza,  
Pues que mi libertad he conseguido  
Eidiando á vuestra vista en esta plaza.»  
Dijo: y con brazo fuerte del erguido  
Cuello la argolla rompe y desenlaza,  
Y levantada en alto la demuestra  
Al concurso que ciñe la palestra.

## LXVI

Y con los nueve ilustres justadores,  
Llamados desde entónces de la fama,  
Cercado de padrinos y señores  
Sube al balcon de quien su pecho inflama:  
Y al sonar de añafles y atambores,  
Sin argolla se rinde ante su dama,  
Quien le dice con rostro ruboroso:  
«Alzad, noble Quiñones, sois mi esposo.»

Cádiz, 1812.

